

3-17293
66A
955

ENRIQUE AYBAR

TRUJILLO Y LA PACIFICACION DE LA LINEA NOROESTE

(Un Capítulo para la Historia Contemporánea
de la República Dominicana)

*Con motivo de cumplirse el vigésimo quinto aniversario
de la Era de Trujillo y como ofrenda a la Feria de la Paz y
Confraternidad del Mundo Libre.*

AÑO DEL BENEFACTOR DE LA PATRIA

EDITORA DEL CARIBE, C. por A.
Ciudad Trujillo, D. de S. D.
Agosto de 1955.



JOSÉ ENRIQUE AYBAR

BIBLIOTECA DE LA
UNIVERSIDAD DE SANTA DOMINGO
CIUDAD TRUJILLO, D. R.
CANJE

TRUJILLO Y LA PACIFICACION DE LA LINEA NOROESTE

(Un Capítulo para la Historia Contemporánea
de la República Dominicana)

*Con motivo de cumplirse el vigésimo quinto aniversario
de la Era de Trujillo y como ofrenda a la Feria de la Paz y
Confraternidad del Mundo Libre.*

AÑO DEL BENEFADOR DE LA PATRIA

EDITORA DEL CARIBE, C. por A.
Ciudad Trujillo, D. de S. D.
Agosto de 1955.



29394-20

BNPHU
PD-RV
F-RD 20

e.2



*Generalísimo Doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina,
Benefactor y Padre de la Patria Nueva; Héroe de la Paz
y de la Reconstrucción Nacional.*

923.17093

T866ay

1955

De nada nos valía el heroísmo de la guerra si no estábamos preparados para el heroísmo de la paz.

R. L. T. M.

010541



LA PROVINCIA DE MONTE CRISTI ocupa sitio prominente tanto en los anales de nuestra epopeya libertadora, como en el luctuoso proceso de nuestras contiendas intestinas.

En la guerra de la Independencia, “La Línea”, como fuera denominada esta cálida región que ocupa la porción noroeste de la República, aporta el caudal de su sangre para la conquista de la libertad y el entronizamiento de la nacionalidad dominicana: Beller y Sabana Larga, fueron jalones decisivos en la encarnación de la soberanía nacional. Y en la guerra de la Restauración, la Línea Noroeste constituye la avanzada del patriotismo de los dominicanos asumiendo de nuevo la responsabilidad del sacrificio para plantar nuestra enseña victoriosa sobre la cumbre inmortal de Capotillo.

Monte Cristi, después de haber sido el primer baluarte de los restauradores, durante unos nueve meses, fué tomado por el General español José de La Gándara, en mayo de 1864; pero ese combate costó a los españoles numerosas y sensibles bajas, como la del General Primo de Rivera, ascendiente que fué del dictador de la España monárquica de Alfonso XIII. La Gándara convirtió a Monte Cristi en base de operaciones para su proyectada reconquista del Cibao; pero en-

contró dos valladares invencibles en los atrinchera-
mientos de “El Duro” y de “La Magdalena”. El 28 de
diciembre de este mismo año, se lanzó el ataque de la
plaza el intrépido General liniero Gaspar Polanco.

Monte Cristi obtuvo recompensa inmediata por
parte de la nacionalidad agradecida: los tres primeros
presidentes, de los tres primeros gobiernos de la Res-
tauración, fueron linieros: José Antonio Salcedo, Gas-
par Polanco y Pedro Antonio Pimentel, autores indis-
cutibles de aquella gloriosa cruzada por donde nos
vino el rescate de la Independencia.

El Gobierno Baecista de los seis años, tuvo su
origen en Monte Cristi. El movimiento revolucionario
que dió vida a esa férrea dictadura, estalló en la
ciudad del Morro, el día 7 de octubre de 1867, y fué
iniciado por los generales Antonio Gómez y Ramón
Luciano.

A la caída del General Ulises Heureaux, muerto
trágicamente en las calles de Moca, se erige en cabe-
cilla principal de ese largo proceso sangriento de
nuestras luchas intestinas, en la Línea Noroeste, el
General Pablo Reyes; y entre los oficiales de éste, se
encuentra ya tomando parte en facciones de guerri-
lla, Desiderio Arias.

El General Andrés Navarro, que contribuyó po-
derosamente al derrocamiento del Presidente Jimé-
nez, en 1902, se pronunció contra el General Horacio
Vásquez, en octubre de ese mismo año; y entre los
seguidores de Navarro, se encontraba Desiderio Arias,
desempeñando el cargo de Ayudante de Plaza, con
un sueldo de cien pesos nacionales, o sea lo equivalen-

TRUJILLO Y LA PACIFICACIÓN DE LA LÍNEA NOROESTE

te a veinte pesos, moneda actual dominicana. Navarro fué hecho prisionero mientras se curaba de una herida de bala que había recibido en un brazo al defender contra los horacistas, la plaza de Monte Cristi.

Con el pronunciamiento de Navarro, comenzó la revolución llamada de los “Siete Meses”. Los cabe-cillas principales de aquel movimiento de armas, fueron, como los califica Tulio Manuel Cestero en “Una Campaña”, el valeroso Higinio Arvelo, el malicioso Ramón Tavárez, el audaz Carlos Morales y el tenaz Desiderio Arias. La Revolución de los “Siete Meses”, terminó en abril de 1903, con la caída de Horacio Vásquez, a raíz de la revolución del 23 de marzo.

La revolución de la “Unión” (entre Bolos y Coludos), estalló en el mes de octubre del mismo año de 1903. Pero tras la “Unión”, vino la “Desunión”, y Desiderio Arias, en esta última, operó como un señor feudal de toda la región noroestana; “La Vandea dominicana”, desde Montecristi hasta Guayacanes. Atacó la ciudad del Yaque sin éxito, el 14 de febrero de 1904; pero dejando sembrado a sus espaldas el pavor y la desolación sobre una muchedumbre de muertos insepultos. Así arrasó en el poblado de Esperanza, venciendo y matando al inspirado poeta Raúl Cabrera, quien cayó con estoicismo, recitando la última concepción de su musa: “Bien lo sabía yo, que el sol que iluminara mi derrota, debía también iluminar mi cadáver”.

Morales Languasco sube a la Presidencia de la República en brazos del horacismo para luego caer

abatido por una lucha hostigante de este mismo Partido. Al llegar al poder, se encontró con el siempre enmarañado y caótico problema de la Línea Noroeste; sus tropas tienen que combatir a sus habitantes eternamente rebelados contra el poder político del Estado.

A la caída de Morales Languasco, ocupa la Primera Magistratura del Estado, el General Ramón Cáceres: viene al poder cargado de alientos vigorosos; de sanas y patrióticas intenciones, viene a pacificar el país; pero extremando con la Línea Noroeste el rigor de las leyes; con un Estado Mayor compuesto por los Gobernadores de todas las Provincias y con tropas de distintas localidades, arremete con disposiciones tan drásticas que, aplicando la Ley del Talión, sofocaba un mal para producir otro peor. Guayubín, Esperanza y Dajabón, forman un triángulo de exterminio que anonada el sentimiento de los espíritus más sanguinarios. La célebre matanza de Guayubín, constituye una masacre pavorosa en la cual los soldados del gobierno, no satisfechos de fusilar reclutas, trataron de asesinar a todos los jefes revolucionarios que acababan de hacer su presentación merced a las gestiones parlamentarias del Padre González. En esta carnicería, cayeron Manuel Cepín, (Neney), Timoteo Cordero y otros más.

Dijimos anteriormente, que Cáceres sofocaba un mal para producir otro peor, porque, después de estos acontecimientos, los revolucionarios, desconfiados ya de la palabra del Gobierno, se multiplicaron en lo más hondo de la manigua, iniciando la lucha fratricida con más empuje y espíritu de sacrificio. La revo-

lución crecía formidable y se extendía exterminadora y segura de que todo ataque del Gobierno sería infructuoso.

Ramón Cáceres, aconsejado esta vez por el más despiadado de sus Ministros,* puso en ejecución el plan más siniestro que registran los anales de nuestras guerras civiles: la Reconcentración de los habitantes en las poblaciones; el confinamiento del ganado de una región a otra del país y el aniquilamiento de éstos en las espinosas llanuras noroestanas, reproducían escenas tan espeluznantes como las de Weyler en Cuba, que al decir del notable orador Mario García Kohly, “retrotraía la guerra a los tiempos primitivos y empequeñecía con sus crímenes, el recuerdo espantable de todas las monstruosidades que la historia recoge para mostrarlas como siniestro ejemplo a las generaciones de los pueblos”.

A la caída del Presidente Cáceres, muerto trágicamente el 19 de noviembre de 1911, Desiderio Arias, que se hallaba en el destierro, salta al pavés de sus antiguas gestas y ensangrienta de nuevo a la Línea Noroeste. En esta oportunidad se registran combates tan cruentos como el de Dajabón, Chacuey, Cerro de las Mercedes, Juan Calvo, Sabana de Cañongo y otros tantos en donde quedaba exangüe una juventud enloquecida. El asalto a Monte Cristi en las postrimerías del 1912, todavía lo recuerdan aquellos hogares afligidos.

* Fuentes que merecen el más absoluto crédito aseguran que, Emiliano Tejera y Federico Velázquez Hernández, Ministros de Relaciones Exteriores y de Hacienda y Comercio, respectivamente, en la primera administración del General Ramón Cáceres, fueron los instigadores de aquella inhumana y devastadora Reconcentración.

Estos “invencibles guerrilleros”, se perfeccionaron en el manejo empírico de las armas y se hicieron maestros en el ataque por sorpresa. Acostumbrados a domeñar una maleza tan indócil como la erizada maleza noroestana, adiestraron con tanto sigilo, sus pasos, que la conseja callejera terminó por bautizarlos con el ingenioso calificativo de los “*suaves*”.

Tras un corto impasse, surge al poder el General José Bordas Valdés y entre los hombres de armas que lo apoyan, se destaca el General Desiderio Arias; pero este último, vuelve a la guerra rompiendo con Bordas y determinando su caída. Envalentonado con sus hazañas y convertido ya en dueño y señor de casi todo el Cibao, Desiderio se apodera de la ciudad de Santiago de los Caballeros, impone su autoridad, y sube al poder con Juan Isidro Jiménez. Aquel hombre, poseído de un extraño espíritu en eterna contradicción con su persona, traiciona de nuevo a Jiménez; produce la Intervención Militar Norteamericana y frente al bochorno de la nacionalidad, pacta irresponsable y sumiso la entrega de Santiago. Esta era la más brillante oportunidad que le había deparado el destino para lavar su larga carrera proditoria y caer como un valiente sobre el escudo de la Patria. . . .

Esta narración suscinta de las continuas asonadas y revueltas, que tuvieron su origen en la Línea Noroeste, y que dieron al traste con la dignidad y el progreso material de la República, evidencia en forma irrefutable, que nuestros hombres de armas en aquella trayectoria luctuosa, adiestrados en la matanza de hermanos, no iban a la guerra que salva y que

redime, sino a la prebenda del botín que envilece y que denigra.

.
.

El “Movimiento Cívico” del 23 de febrero de 1930, que derribó del poder al General Horacio Vásquez, puso fin a la autocracia política, representada en su gran mayoría, por los mismos hombres que habían sido los más notorios protagonistas de aquel pasado turbulento.

Tras de tantos tramontos de calvarios y por uno de esos raros avatares en la historia de los pueblos, surge entonces, sobre el horizonte ensangrentado de la República, la figura mesiánica del tan esperado Pacificador: RAFAEL LEONIDAS TRUJILLO.

Una Confederación de Partidos, eligió en los comicios de mayo de 1930, por una mayoría plebiscitaria de votos populares, al hombre nuevo, enérgico y decidido, que había templado su espíritu en la inflexible disciplina del cuartel. En su declaración de principios, Trujillo dice: “bajo mi gobierno, el respeto a la Ley y la igualdad ante ésta de todos los ciudadanos, aspiro a que no sea un mito o la simple e incumplida promesa de un candidato ganoso de obtener los sufragios populares”.

Trujillo llega al poder, limpio de odios y rencores; viene a gobernar con todos los dominicanos, no importa sus antiguas filiaciones; viene a salvar la República y “hacerla digna por el trabajo y en la paz del sitio que le corresponde en el concierto de las naciones libres”.



El que había de convertirse en Líder indiscutible del pueblo dominicano, llama y reúne a todos los hombres de armas que tomaron participación en nuestras contiendas intestinas; desea hacer de cada uno de ellos ciudadanos probos y leales servidores de la Patria: a todos los alienta y a todos les extiende su mano amiga, franca y generosa.

Entre esos hombres de armas, se encontraba por supuesto, el General Desiderio Arias. Más que a ningún otro, Trujillo le dispensa a éste, honores y privilegios excepcionales: en la interinidad de Rafael Estrella Ureña, lo hace nombrar Secretario de Estado de Agricultura; y en los comicios de mayo, sale electo, con la protección siempre de Trujillo, Senador de la República.

Al día siguiente de juramentarse como Presidente de la República, el 16 de agosto de 1930, Trujillo emprende la enorme tarea de llevar a cabo la plataforma de reconstrucción moral, social y política que le había ofrecido al pueblo. Prefiere llevar personalmente su palabra de paz, de concordia y de trabajo por todo el territorio nacional y comienza sus históricos recorridos en el propio corazón del Cibao. En su primera visita oficial a la ciudad de Santiago de los Caballeros dice: "Amo la tradición y la historia del Cibao, porque encuentro en ellas, la más firme columna sobre que descansa la historia dominicana".

Continúa su ruta apostólica de admonición y de fe hasta llegar al mismo borde fronterizo de la Línea Noroeste. Estamos en el mes de abril del año 1931; Trujillo elige por tribuna la ciudad de Dajabón y en

un día de trascendencia histórica, pronuncia un memorable discurso, dirigido por igual a dominicanos y haitianos; esta elocuente pieza de oratoria política, fué profusamente difundida en los idiomas español y francés. Ningún otro gobernante dominicano eligió tan significativo escenario para exponer sin reserva mental alguna, los dictados de su corazón por el bienestar y la paz de la Isla, así como de los dos Estados que se comparten su soberanía.

Con todo eso, el “tigre rayado” de nuestras guerras civiles no había desaparecido todavía; tan solo dormía en sus guaridas. . . . En el poblado de Guayacanes, se había unido a la comitiva del Presidente Trujillo junto con un grupo de viejos compañeros, el General Desiderio Arias, quien ostentaba a la sazón la elevada categoría de Senador de la República. Por intermedio de su Secretario privado, el Dr. Federico A. Rojas, el Senador Arias le manifestó a Trujillo, “el deseo que tenía de mantenerse en el Gobierno como un factor de orden y de paz”. Antes de terminarse el baile que se le ofreció al Presidente Trujillo en el “Club del Comercio” de Monte Cristi, el General Desiderio Arias, se despidió y emprendió viaje en compañía de sus amigos hacia sus posesiones de Mao. Cuál no sería la sorpresa del Presidente Trujillo, al recibir la noticia que cundió como un reguero de pólvora por toda la región cibaëña. “Desiderio en armas contra el Gobierno a quien hacía un momento había hecho protesta de lealtad”.

Inte esado Trujillo en saber a qué obedecía tan inesperado cambio de conducta por parte del antiguo



arma y la tiró al suelo. Desiderio Arias sorprendido ante el arrojó de Trujillo, en medio de esta patética escena, lo oye y le jura de nuevo “respeto” y “obediencia”. Trujillo, hombre generoso, lo mismo en el premio que en el perdón, puso a las órdenes del Senador Arias un Estado Mayor con su correspondiente equipo de ametralladoras; invistió con carácter oficial a sus principales compañeros de insurrección; le envió médicos para sus quebrantos de salud; le dió gran cantidad de dinero en efectivo y llamó a su despacho en la Gobernación de Santiago de los Caballeros a la esposa de éste, para hacerle la oferta de una casa.

Sin embargo, no se hicieron esperar los días para que el General Desiderio Arias, interpretando la magnanimidad de Trujillo como un signo de debilidad gubernamental y aprovechando las armas que el Presidente le había dado, se alzara otra vez, atrincherándose en las estratégicas montañas de Gurabo. Trujillo, quien cuarenta y siete días antes, había arriesgado su valiosa vida en interés de la Paz y de la salvación de un hombre obcecado en la perturbación del sosiego público, ponderando esta vez la gravedad de los acontecimientos, creyó llegado el momento para asumir una actitud más enérgica, y envió inmediatamente tropas del Ejército al teatro de los acontecimientos. Trujillo salió de la ciudad de Moca y llegó a Mao para ponerse personalmente al frente de las operaciones militares. El 16 de mayo de 1931, las primeras avanzadas del Ejército, localizaron a los grupos insurrectos y cuatro días después, en combate campal con las armas de la Ley, el infortunado Ge-

neral Desiderio Arias, el más empecinado cabecilla del desorden, cayó para siempre sobre la misma inhóspita manigua que él tantas veces había ensangrentado. Trujillo recorrió de nuevo las soleadas tierras de Monte Cristi, Dajabón y Guayubín, proclamando amplias garantías a los que depusieran las armas y quisieran regresar a sus hogares.

Con la pacificación de la Línea Noroeste, quedó pacificado el Cibao; y con el Cibao, todo el territorio nacional. Así comenzó la Era de lo que es hoy el prestigio internacional y la grandeza de un pueblo.....

